

Ricardo Romero

LA HABITACIÓN DEL PRESIDENTE



TRINIDAD
EDITORA

LA HABITACIÓN DEL PRESI- DENTE

RICARDO ROMERO

© 2015, Ricardo Romero
© 2015, ETERNA CADENCIA EDITORA S.R.L.

Primera edición: julio de 2015
Primera edición digital: enero de 2016

Publicado por ETERNA CADENCIA EDITORA
Honduras 5582 (C1414BND) Buenos Aires
editorial@eternacadencia.com
www.eternacadencia.com
www.facebook.com/eternacadencia
twitter.com/eternacadencia
blog.eternacadencia.com.ar

eISBN 978-987-712-084-4

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea mecánico o electrónico, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright.



RICARDO ROMERO

La habitación del Presidente

En este barrio, los sótanos están prohibidos pero todas las casas tienen una habitación del Presidente. En esta casa, la habitación del Presidente está adelante, mirando al jardín de la entrada. La familia hasta ahora nunca ha recibido la visita del Presidente, pero la habitación está siempre lista, por si acaso.

¿Qué hace el Presidente dentro de esa habitación durante sus visitas?, ¿y cómo entra?, ¿tiene la llave de todas las casas?, ¿cómo vive la gente en los edificios de la ciudad, donde no tienen una habitación del Presidente?, ¿cómo viven los demás en las otras casas? En cosas como estas piensa el niño que narra esta historia cuando está en el altillo, mientras la rutina de la casa sigue su curso, una rutina que parece excluirlo, pero que le permite pasar horas allí mirando el perfil de la ciudad a lo lejos, sin que sus hermanos o sus padres lo molesten, o recorrer la casa sin que nadie lo note, o espiar la habitación del Presidente desde el laurel que está frente a la casa.

En el límite entre lo real y lo fantástico, Ricardo Romero construye una novela inquietante y misteriosa sobre el hogar, desde la mirada de un niño ensimismado, cuya intimidad se agiganta mientras reduce el resto del mundo a los objetos de una sola habitación.

*A Victoria, para su cumpleaños,
esta y todas las historias*

Por decirlo de otra manera,
¿es posible que el secreto
esté expuesto ante nosotros,
que ya sepamos qué es?

STEVEN MILLHAUSER, "La Hermandad de la Noche"

La casa no es grande pero tampoco es chica comparada con el resto de las casas de la cuadra. Tiene dos pisos, tres, si contamos el altillo, una pieza sobre la terraza a la que nadie va, salvo yo. El resto de la familia le dice desván, pero yo prefiero decirle altillo. No es un capricho, es algo que he pensado mucho estando justamente ahí, en el altillo, entre los muebles viejos y los baúles, rodeado de ese aire tibio que siempre hay, y en el que los rayos de sol que entran por la claraboya y los vidrios esmerilados de la puerta se vuelven visibles. Rayos de sol, claraboya, vidrios esmerilados. Cuando estoy ahí puedo pensar "estoy en el altillo", pero me resulta imposible pensar "estoy en el desván". No todo se puede pensar. ¿Por qué todo debería ser pensable?

En el segundo piso de la casa están las habitaciones. La de mis padres, la de mi hermano mayor, la que comparto con mi hermano menor también. Hay dos baños grandes que parecen más antiguos que el resto de la casa, como si hubiesen estado ahí antes, flotando a la altura del segundo piso, esperando a que mi familia viniera y construyera la casa a su alrededor. Las bañeras, las canillas, el botiquín son señoriales; porcelanas, espejos y bronces que amarillean en los rincones, que tienen manchas que no son manchas, porque una mancha se podría sacar y estas no. No podría imaginarme la canilla del lavatorio de nuestro baño sin esa decoloración, esa nube pálida sobre su dorso, o el espejo del botiquín del baño de mis padres sin esos puntos negros en el lado izquierdo. Sin embargo, lo que les da a los baños ese aire de viejo, de anterior, son los azulejos que cubren las paredes hasta el techo. ¿Qué es lo que hace viejos a esos azulejos? No lo sé. Solo sé que son imposibles de

contar. No, no es lo único que sé. También sé que aunque los baños parecen iguales, gemelos, no lo son.

Y está el primer piso, que aunque es del mismo tamaño que el segundo, parece más grande. Solo lo parece, porque estoy seguro de que tienen el mismo tamaño. A pesar de que lo sé, cada tanto, tengo la necesidad de comparar esquinas y ángulos, de ver cómo las paredes de un piso y otro son las mismas. O más bien: están alineadas. Porque no son las mismas paredes. ¿Cómo podrían serlo? Las paredes del primer piso y las del segundo están alineadas. El trazado es exacto e inequívoco. Sin embargo, el primer piso parece más grande.

En el primer piso están la cocina, el comedor, el living y el estudio que mi padre comparte con mi hermano mayor. Hay otro baño, pero más chico, apretado entre la cocina y la escalera. Hay un cuartito para las cosas de limpieza. Hay un recibidor ante la puerta de entrada.

Está también, claro, a la izquierda y al frente de la casa, dando al jardín, la habitación del Presidente.

La escalera. La gran escalera en la que mi hermano menor se la pasa jugando. Esa escalera, ¿en qué piso está? ¿En el primero o en el segundo? Aunque esa no es la pregunta, porque fácilmente podría responder que está en el primero. La pregunta entonces es: ¿a qué piso pertenece? Esta cuestión ya es más difícil de contestar. ¿Pertenece al primer piso o al segundo? ¿La exacta localización de la escalera tendrá algo que ver con el hecho de que un piso me parezca más grande que el otro? ¿Estará en ella la clave de esta desproporción que imagino pero que no veo?

Si los baños son la parte más antigua de la casa, la habitación del Presidente es la más reciente. Pero es reciente como los baños son antiguos. Mis abuelos construyeron esta casa cuando el barrio todavía no era barrio. Ahora ya casi no quedan descampados y las casas se amontonan unas al lado de las otras. Pero no quiero pensar en eso. En las casas pegadas unas a otras. Cuando mis abuelos hicieron la casa, la habitación del Presidente se construyó antes que los baños. Eso es obvio, porque cómo podrían construirse primero los baños si no hay nada abajo.

Nuestro baño, el baño que comparto con mis hermanos, está justo encima de la habitación del Presidente. ¿Se escuchará abajo cuando tiramos la cadena? ¿Se oirá el ruido de la ducha o el silencio que hacemos cuando nos masturbamos? Para no pensar en eso, para no pensar en el Presidente cuando estoy en el baño, intento contar los azulejos. Pero son demasiados.

No hay sótano. Ninguna de las casas del barrio tiene. Desde la época de mis abuelos que están prohibidos. Dicen que antes, en los sótanos, pasaban cosas terribles. Por eso se dispuso que no se construyeran más. En las casas más viejas, de épocas anteriores a la prohibición, los sótanos fueron tapiados. Aunque son casas grandes, hoy en día son baratas, fáciles de comprar. A la gente no le gusta vivir en esas casas. Es comprensible. ¿A quién podría gustarle vivir sobre una habitación ciega?

Desde la ventana del cuarto que comparto con mi hermano menor podemos ver la calle. El pequeño jardín delantero, la puertita de metal pintada de un blanco descascarado, la vereda y la calle. Sobre la vereda, bien frente a nuestra casa, hay un laurel de hojas oscuras. Es un árbol alto y frondoso. Mi hermano, que todavía es chico, se sube de vez en cuando. Yo estoy frente a mi escritorio, haciendo la tarea, y cuando levanto la vista lo veo escondido entre las ramas. Al principio, siempre, indefectiblemente, pienso que me está espionando. Pero después tengo que reconocer que no me espía a mí. Lo que espía es la habitación del Presidente. Entonces lo saludo con la mano, pero mi hermano no me responde. Sé que mis padres hablan más de él que de mi hermano mayor y de mí. Y cuando lo hacen bajan la voz. Están preocupados. Por alguna razón, parecen preferir hacerlo en la cocina. Como si ese fuera el lugar de la casa para hablar de ciertas cosas que hay que hablar en voz baja. Hablan más de mi hermano menor, y hablan más con mi hermano mayor. Yo soy el del medio y estoy en el medio. Las conversaciones no suelen estar dirigidas a mí. Eso me resulta cómodo. Eso me permite, por ejemplo, ir al altillo y que nadie me interrumpa durante horas.

Nadie lo sabe, o al menos eso creo, pero yo también me he subido al laurel para espionar la habitación del Presidente. Ahora igual ya no lo hago. Ahora, mientras miro el laurel por la ventana de mi cuarto, sentado frente a mi escritorio, me pregunto cómo se verá el árbol desde la habitación del Presidente.

Desde mucho antes de que se prohibieran los sótanos, ya se construían las habitaciones del Presidente. En todas las casas hay. O al menos en todas las casas bien. Los edificios del centro no la tienen. Y al no tenerla pierden sus privilegios. Yo no sé muy bien cuáles son esos privilegios, y no sé tampoco si nuestros padres los conocen, pero nadie duda de que existen. En nuestro barrio, todas las casas tienen una habitación del Presidente. Y sin embargo, el Presidente nunca ha venido a visitarnos. No es que lo estemos esperando, porque la verdad es que la mayoría del tiempo nos olvidamos de que esa habitación está ahí. La mayoría del tiempo, nos olvidamos.

Dije que el Presidente nunca ha venido al barrio, pero eso no es del todo cierto. En la escuela, que está en nuestro barrio, hay un chico un poco más grande que yo al que el Presidente ha visitado. O al menos eso dicen. Todos lo dicen, porque no hay muchas cosas para decir del Presidente, aunque nadie se anima a preguntarle si es cierto. El chico vive en otro barrio pero viene a nuestra escuela, como muchos otros chicos de otros barrios. Eso es normal. Es una escuela grande y en nuestro barrio no hay la suficiente cantidad de chicos para llenarla. Y una escuela debe estar llena.

No lo envidiamos. El chico no es diferente a ninguno de nosotros. No hay nada en él que haga pensar que es especial. Que su familia es distinta. Se pasea por los patios con la corbata floja y las mangas de la camisa arremangada, se ríe y se enoja a la misma velocidad que cualquiera de nosotros. Es flaco y alto y siempre está bien peinado. Es pálido. Pero muchos de nosotros somos pálidos. A veces me lo cruzo en el baño y siempre está mojándose el pelo y pasándose un peine que después guarda en el bolsillo de atrás de su pantalón. Yo no me he animado a hablarle porque es más grande. Pero lo he escuchado hablar con otros chicos de su edad, y no parece destacarse por nada en particular. Se ríe de cualquier cosa, se enoja por cualquier cosa, se empuja con sus amigos cuando alguna de las chicas lindas de la escuela pasa cerca. Como hacemos mis amigos y yo. No sé por qué, pero en la escuela todos somos así. Nos comportamos como si fuéramos más chicos, como si nos gustara estar con los otros, a pesar de que cuando estamos solos en nuestras casas nos gana esa ansiedad que nos hace escondernos, estar más solos todavía. No sé dónde se

esconden los demás, dónde se esconde este chico al que ha visitado el Presidente, pero yo me escondo en el altillo.

No hay pruebas, nadie se lo ha preguntado, sin embargo yo estoy seguro de que es cierto lo que dicen. De que el Presidente fue a la casa de este chico. En los actos escolares o en los discursos de la directora, en los momentos en que todos tenemos que estar callados y atentos, lo he visto, lo he vigilado, y estoy seguro de que mientras nosotros pensamos en cualquier cosa, aburridos y tiesos, él solo piensa en una. Él piensa en el Presidente. Hay en su cara una preocupación. Como si de pronto se convirtiera en la cara de un adulto. Porque él piensa en el Presidente mucho, muchísimo más que nosotros.